

TRES REFLEXIONES SOBRE LA EDUCACIÓN EN VALORES, A PROPÓSITO DEL APRENDIZAJE COOPERATIVO

Pere Pujolàs Mases

Universidad de Vic (Barcelona)

Introducción

No pretendo, con esta conferencia inaugural de las Jornadas, definir qué es el aprendizaje cooperativo. Con la presentación de las distintas experiencias tendréis ocasión de escuchar, y “ver”, definiciones prácticas de esta forma de organizar el trabajo en el aula, conocida con el nombre de aprendizaje cooperativo, presentadas y “ejemplificadas” por sus mismos protagonistas, los profesores y las profesoras, las maestras y los maestros, que las han llevado a cabo.

Lo que pretendo, con esta conferencia, es compartir con vosotros algunas reflexiones entorno a la educación y, más concretamente, sobre la educación en valores, que me he hecho a propósito del aprendizaje cooperativo.

Es ya muy conocido el informe que Jacques Delors escribió por encargo de la UNESCO, titulado “La educación encierra un tesoro”. El mismo título de este informe nos indica que la educación es algo muy valioso, como un tesoro, y que la educación tiene mucho que ver con la transmisión de los valores, de lo que una determinada comunidad valora, es decir, considera importante. En este informe, J. Delors hace una clasificación de los distintos saberes que la educación debe transmitir y desarrollar en los educandos, tanto como sea posible:

Saber conocer:

Consiste en adquirir los conocimientos necesarios para comprender lo que nos rodea. No se trata tanto de adquirir conocimientos codificados y clasificados, como de ayudar a cada persona a aprender y comprender el mundo que le rodea, para vivir con dignidad, desarrollar sus capacidades profesionales y comunicarse con los demás.

Saber hacer:

Este saber está directamente relacionado con el saber conocer. Se refiere al saber que nos permite influir sobre el propio entorno, que nos permite poner en práctica los conocimientos adquiridos, adaptándolos a un mercado de trabajo variable y bastante imprevisible. Se trata de un saber que desarrolla en los que lo tienen la capacidad de comunicarse y de trabajar con los demás, afrontando y solucionando los conflictos que se puedan presentar.

Saber ser:

Implica dotar a cada persona de los medios y de los puntos de referencia intelectuales que le permitan comprender el mundo que le rodea y comportarse como un sujeto responsable y justo. Por esto debe desarrollar la libertad de pensamiento, de juicio, de sentimientos y de imaginación para desarrollarse en plenitud en todas sus dimensiones (estética, artística, deportiva, científica, cultural y social) y actuar con responsabilidad personal.

Saber convivir:

Se trata de un saber que permite a quien lo adquiere participar y cooperar con los demás en todas las actividades humanas, uno de los principales objetivos de la educación actual. Por esto, sin duda, debe desarrollar la comprensión hacia los demás, la percepción de formas de interdependencia, respetando los valores del pluralismo, la comprensión mutua y la paz. Este saber también supone luchar contra la exclusión por medio de planteamientos que favorezcan el contacto y la comunicación entre miembros de grupos diferentes, en contextos de igualdad, haciendo un descubrimiento gradual del otro y desarrollando proyectos de trabajo en común.

Desde mi punto de vista, los dos primeros saberes –saber conocer y saber hacer- están supeditados a los dos segundos –saber ser y saber convivir-: los niños y las niñas deben aprender a conocer y a hacer, fundamentalmente para aprender a ser y a convivir. No digo que unos sean más importantes que otros. Todos son importantes e imprescindibles para que la educación consiga sus fines: el desarrollo personal y social (la personalización y la socialización) de los que se educan. No se trata de mayor o menor importancia, sino de énfasis, de “urgencias” educativas en el momento actual. Es especialmente urgente que, en una sociedad cada vez más diversa, cambiante y globalizada, los que la forman desarrollen sus capacidades para saber ser lo que son –personas- y para saber convivir como personas distintas que son.

Al desarrollo de las capacidades relacionadas con todos estos saberes –con los cuatro, pero especialmente con los dos últimos (el saber ser y el saber convivir)- contribuye enormemente, desde mi modesta opinión, el aprendizaje cooperativo.

Sobre esto he reflexionado durante estos últimos meses y éstas son las reflexiones que tengo el gusto de compartir ahora con todos vosotros.

1. Conversar, más que hablar: La educación para el diálogo

No sé si os habéis parado a pensar en la diferencia entre hablar y conversar. Uno puede hablar sin escuchar lo que dice la persona con quien habla. Para conversar, no sólo hay que hablar, sino que hay que escuchar atentamente lo que dice la persona con quien conversas. “Conversar” proviene del latín “conversari”, que significa convivir, tener comunicación frecuente, tener relación (con personas u objetos). La conversación, por lo tanto, está relacionada con la convivencia y supone una relación más profunda que la que uno puede mantener con alguien con quien habla circunstancialmente. Conversar es dialogar: la conversación y el diálogo, si no son la misma cosa, son dos conceptos que están estrechamente ligados.

Según Freire, el diálogo es una exigencia existencial. No podemos existir como hombres, no podemos ser personas, si no es a través del diálogo, puesto que lo que “humaniza” al hombre es la transformación del mundo, y éste sólo se transforma a través del diálogo. Por otra parte, la relación educativa es una relación dialógica, que está basada en el diálogo que se establece entre el educador y el educando, y entre los propios educandos, puesto que la interacción con nuestros

semejantes también es educativa.

En unas páginas antológicas de su *Pedagogía del oprimido*, y que son de plena actualidad –desde mi punto de vista, por supuesto- Freire va desglosando las condiciones del diálogo, las condiciones que deben darse para poder establecer una relación dialógica entre las personas. En la medida que contribuyamos a que se den estas condiciones, estaremos educando para el diálogo, que es, sin duda, una de las principales “urgencias educativas” en el mundo actual, tan intransigente. Son éstas:

En primer lugar, el diálogo debe estar impregnado por un profundo amor. Si el que dialoga no ama al mundo, si no ama a la vida, si no ama a sus semejantes, en general, y a su interlocutor, en particular, no puede establecer con él una relación propiamente dicha, una conversación auténtica, un verdadero diálogo.

En segundo lugar, no hay propiamente relación, diálogo, si tan sólo una de las dos partes que entran en diálogo, en relación, mantiene una actitud arrogante, si no se establece entre ambas una relación presidida por la humildad, y no por la intransigencia. ¿Cómo podemos dialogar –se pregunta Paulo Freire-, si uno se considera un hombre o una mujer diferente y privilegiado frente a los demás, a quienes consideramos que les falta todo?; ¿cómo podemos dialogar, si nos consideramos miembros de una especie de clan de hombres y mujeres perfectos, dueños de la verdad y del saber, y pensamos que todos los que están fuera de este clan son inferiores a nosotros?; ¿cómo podemos dialogar si nos cerramos a la aportación que puedan hacer aquellos con quienes dialogamos, a los cuales les negamos incluso que puedan hacer alguna aportación?...

En tercer lugar, no hay diálogo sin una fe profunda en las posibilidades de aquellos con quienes dialogamos, en su capacidad de superarse, de ir más allá, de aprender más de lo que saben, en definitiva, de “ser más”. Si no hay esta “fe” mutua entre las personas que dialogan, la posibilidad de avanzar con las aportaciones de todas ellas, la capacidad de éstas de “ser más” puede verse muy reducida e incluso prácticamente anulada.

La relación entre dos personas –a pesar de que en algunos casos (como entre un maestro y sus alumnos) mantiene una cierta asimetría-, si está basada en el amor, en la humildad y en la fe en sus posibilidades, se transforma en una relación cada vez más simétrica, horizontal, que genera confianza. Y en el caso de la relación educativa, esta confianza implica el testimonio y la nobleza del educador, de forma que el alumno perciba a su maestro como alguien que dice lo que cree, y que cree, y hace, lo que dice.

En cuarto lugar, no hay diálogo sin esperanza, si los que dialogan no tienen la esperanza de que su trabajo acabará dando fruto. Una esperanza, sin embargo, que no les lleva a cruzar los brazos, sino a avanzar, a no quedarse nunca satisfechos del todo con su trabajo, a mejorar su intervención y a mejorarse como personas que dialogan, a no rendirse jamás.

Finalmente, en quinto lugar, entre dos personas no hay un diálogo auténtico si éste no está

presidido –o si no viene precedido- por una reflexión crítica sobre el mundo; si el fin perseguido no es la mejora de la sociedad y de los hombres y las mujeres que la forman, y no su alienación, o –como dice Mounier (1974), en su *Manifiesto al servicio del personalismo*- su acomodación a un mundo que pretende que piensen por delegación, que actúen por órdenes y que no tengan ninguna otra ambición que estar colocados, tranquilos y considerados en un mundo satisfecho de haberlos subyugado.

El aprendizaje cooperativo, en la medida que los alumnos de los distintos equipos de trabajo deben decidir entre todos la mejor forma de resolver un problema o de realizar una tarea; en la medida que les obliga a compartir y discutir puntos de vista distintos, a comprender las razones de los demás sobre una determinada toma de decisiones; en la medida que contribuye a todo esto, contribuye sin duda a educar la capacidad de diálogo entre sus miembros.

Este diálogo –o esta capacidad de dialogar- no se desarrollará, sin embargo, si no se dan las condiciones que lo posibilitan, es decir: si no se desarrolla entre los miembros de un mismo equipo una relación de amistad, si uno se cree superior a los demás por el hecho de considerarse más sabio, o perteneciente a un grupo social superior; si no todos los miembros del equipo están convencidos de las posibilidades de los demás, de su capacidad de aportar algo positivo para él y para el equipo; si no se esfuerzan, con espíritu crítico, por identificar los aspectos que deben mejorar o cambiar en el funcionamiento de su equipo; si no son capaces de comprometerse personalmente (establecer compromisos personales) para el bien colectivo del equipo.

2. *Convivir, más que tolerar: La educación para vivir en comunidad*

La convivencia supone algo más que la tolerancia. Tolerar no es lo mismo que convivir. He tomado esta distinción de Victoria Camps, catedrática de ética de la Universidad de Barcelona. Según ella, para vivir juntos, más allá de la tolerancia debemos apostar por la convivencia. Tolerarse no equivale a convivir, más bien significa todo lo contrario: no relacionarse, respetarse sólo porque no hay más remedio... La convivencia es un planteamiento muy distinto, supone estar convencidos de que vivir juntos es posible, de que es posible abrirse a los demás sin miedo, sin renunciar a lo que uno es, pero buscando y aceptando las posibilidades que el otro te ofrece o te plantea (Camps, 1996).

Aprender a convivir –no simplemente a ser tolerantes- es algo absolutamente necesario para poder desarrollarse como persona, que es la finalidad última de la educación: nos educamos para ser personas. Efectivamente, el desarrollo personal requiere la interacción con los demás; para poder desarrollarnos como personas necesitamos formar parte de un grupo, de una comunidad. Esta forma de entender la educación se opone radicalmente al individualismo. En una sociedad individualista, los demás son –o, como mínimo, pueden ser- un obstáculo para los propios intereses. Para una concepción de la educación centrada en el proceso de personalización, en cambio, los demás son indispensables para el desarrollo y la propia

existencia personal. Los demás me ayudan a ser yo, y no son de ninguna manera un obstáculo para que yo pueda ser yo: “La primera experiencia de la persona es la segunda persona. El tú y el él, en nosotros, preceden al yo o, como mínimo, le acompañan” (Mounier, 1962, p. 20).

La comunicación –la capacidad de salir de sí mismo y de abrirse a los demás- es una dimensión fundamental de la persona, que la educación debe desarrollar, o contribuir a desarrollar. La persona, pues, necesita de los otros para poder desarrollarse como persona. Es decir, la persona se desarrolla como tal, fundamentalmente, en el seno de una comunidad:

La vinculación de la persona a la comunidad es tan orgánica que las comunidades verdaderas se puede decir que son, realmente, y no figuradamente, personas colectivas, “personas de personas”. (Mounier, *Revolució personalista i comunitària*, en *Obras*, Tomo I, p. 224).

Enseñar a vivir en comunidad, pues, es una exigencia más de una educación centrada en la persona, en el desarrollo como personas de los que se educan.

Sin embargo, debemos tener en cuenta que una comunidad no es una simple suma de individuos, una colectividad. Un colectivo, para ser una comunidad, requiere estar formado por personas. El primer vínculo que crea comunidad entre las personas de una colectividad es el amor. Por esto, en nuestro mundo, tan despersonalizado, es muy difícil formar una comunidad en sentido pleno:

No es posible ninguna comunidad en un mundo en el cual no cabe el “prójimo”, en el cual sólo hay gente “parecida” que se mira. Cada uno vive en si mismo, en una soledad que ignora la presencia del otro: como mucho, considera “amigos suyos” a algunos dobles de si mismo, con los cuales puede satisfacerse y tranquilizarse. (Mounier, *Manifest al servei del Personalisme*, *Obras*, Tomo I, p. 618).

Un colectivo pasa a ser comunidad en el momento que alguien empieza a interesarse realmente por el otro:

Cuando empiezo a interesarme por la presencia real de los hombres, a reconocer esta presencia delante de mí, a aprehender la persona que ella me revela (...), a ver en ella, no una “tercera persona”, un no importa qué, (...) sino otro yo mismo, entonces he realizado el primer acto de la comunidad, sin la cual ninguna institución puede tener consistencia. (Mounier, *Manifest al servei del personalisme*, *Obras*, Tomo 1, p. 621).

Una persona, para serlo, necesita a la comunidad, porque vivir en comunidad, junto a otras personas, le permite realizar una serie de actos respecto al “otro” que, precisamente, le personalizan. Mounier describe estos actos en su obra *El personalismo*, y son los siguientes (véase Capitán, 1986):

- “*Salir de sí mismo*”: La persona es una existencia capaz de salir de si misma, de desprenderse, de dejar de estar centrada en ella misma para centrar su atención en los otros.
- “*Comprender al otro*”, lo que Mounier denomina “abrazar la singularidad del otro con

mi singularidad, en un acto de acogida”.

▪ “*Tomar sobre sí*”: No sólo comprender al otro y acogerlo, sino asumir su destino, su pena, su alegría.

▪ “*Dar*”: “La fuerza viva del impulso personal no es ni la reivindicación (individualismo pequeño burgués), ni la lucha a muerte (existencialismo), sino la *generosidad* y la *gratitud*, es decir, en última instancia, el dar sin medida y sin esperar nada a cambio”.

▪ “*Ser fiel*”: “La consagración a la persona, el amor, la amistad, sólo son perfectos en la continuidad... La fidelidad personal es una fidelidad creadora”.

Para Mounier, todos estos actos –salir de si mismo para comprender al otro, asumir sus penas y sus alegrías, dar sin esperar devolución y ser fiel- son actos que una persona puede ejercer de una manera privilegiada en una “comunidad de personas” y que contribuyen, sin duda, a que pueda ser más persona.

En la medida que la escuela es una auténtica comunidad educativa, con el significado pleno de esta expresión, contribuye, sin duda, a facilitar el ejercicio de estos actos que posibilitan el desarrollo personal de todos los que la forman: los estudiantes, sus padres y familiares, los maestros y las maestras...

Además, en el seno de los equipos de aprendizaje cooperativo, los estudiantes tienen una ocasión privilegiada para dejar de estar centrados en si mismos, para comprender y hacerse cargo de los demás, de sus capacidades y de sus dificultades, de sus aciertos y errores, para ser solidarios y ayudarse unos a otros, para acrecentar lazos positivos y duraderos que les cohesionan y les “fidelizan” como equipo.

Los equipos de aprendizaje cooperativo son, por lo tanto, un buen recurso para aprender, desde la práctica, a convivir, a vivir en comunidad.

3. Cooperar, más que colaborar: La educación para la solidaridad

El mes de febrero de 2002, tuve la ocasión de impartir un curso del Programa de Doctorado sobre “Diversidad, Currículum y Educación”, dirigido por el profesor Paco Jiménez del Departamento de Pedagogía de la Universidad de Girona, en la Universidad de Cienfuegos (Cuba). El curso era sobre el aprendizaje cooperativo y una profesora alumna del mismo, al escuchar lo que yo explicaba, me hizo llegar un escrito a máquina y con papel de copia sobre un reverso de una hoja de calendario, que empezaba con estas palabras: “Mientras estudiaba uno de mis últimos cursos de mi doctorado en Estados Unidos, uno de mis profesores nos leyó un ensayo de un autor desconocido. Este ensayo cambió por completo el espíritu de nuestro grupo”. El texto de este ensayo, es el que reproduzco a continuación:

“El próximo otoño, cuando veas los gansos dirigiéndose hacia el sur para el invierno, fíjate que vuelan formando una V. Tal vez te interese saber lo que la ciencia ha descubierto acerca del porqué vuelan de esa forma. Se ha comprobado que cuando cada pájaro bate sus alas produce un movimiento en el aire que ayuda al pájaro que va detrás de él volando en V. La

bandada completa aumenta por lo menos un 77 por ciento más de su poder que si cada pájaro volara solo. Las personas que comparten una dirección común y tienen sentido de comunidad pueden llegar donde deseen más fácil y rápidamente porque van apoyándose mutuamente.

Cada vez que un ganso se sale de la formación siente inmediatamente la resistencia del aire, se da cuenta de la dificultad de hacerlo solo y rápidamente regresa a su formación para beneficiarse del poder del compañero que va delante. Si nosotros tuviéramos la inteligencia de un ganso nos mantendríamos con aquellos que se dirigen en nuestra misma dirección.

Cuando un líder de los gansos se cansa, se pasa a uno de los puestos de atrás y otro ganso toma su lugar. Obtenemos mejores resultados si tomamos turnos hacia los trabajos más difíciles. Los gansos que van detrás graznan (producen el sonido propio de ellos) para alentar a los que van delante a mantener la velocidad. Una palabra de aliento produce grandes beneficios.

Finalmente, cuando un ganso se enferma o cae herido por un disparo otros dos gansos se salen de la formación y le siguen para ayudarlo y protegerlo. Se quedan acompañándolo hasta que está nuevamente en condiciones de volar o hasta que muere y sólo entonces los dos acompañantes vuelven a sus bandadas o se unen a otro grupo. Si nosotros tuviéramos la inteligencia de un ganso nos mantendríamos uno al lado del otro apoyándonos y acompañándonos.”

El conjunto de gansos de la parábola es algo más que un grupo de aves aisladas, que viajan juntas hacia el sur para pasar el invierno, simplemente porque se han encontrado por el camino; el conjunto de gansos forma una bandada, una especie de “comunidad” en la cual, además de colaborar relevándose en el trabajo más duro de batir sus alas en la punta de la bandada, abriendo surcos de aire en el cielo, se apoyan unos a otros, dándose ánimos con el batir de sus alas, y se ayudan unos a otros hasta el punto que si uno cae herido, otros dos le acompañan...

Una escuela basada en la cooperación es algo más que un grupo de maestras y maestros aislados que van cada uno a su aire, o que compiten para escoger el mejor grupo de alumnos haciendo valer su antigüedad o su categoría profesional, o que, simplemente, colaboran repartiéndose el trabajo de un curso escolar... Una escuela basada en la cooperación también es algo más que un grupo de niñas y niños que van a su aire o que compiten para ver quien es el mejor, quien acaba antes las tareas y las hace mejor y recibe así los elogios públicos del maestro o la maestra... En una escuela basada en la cooperación, todos juntos –los maestros y las maestras, los niños y las niñas, y sus familiares-, además de repartirse el trabajo, forman una “comunidad” en la cual se apoyan dándose ánimos mutuamente, se ayudan unos a otros –es decir, cooperan- hasta el punto que no quedan del todo satisfechos si no consiguen que todos –quien más, quien menos- aprendan hasta el máximo de sus posibilidades...

Una escuela para todos, en la cual todo el mundo se sienta valorado, debe ser, además, una escuela basada en la cooperación, tanto en la cooperación entre los que enseñan en ella –

para enseñar mejor y enseñar a cooperar-, como entre los que aprenden en ella –para aprender mejor y aprender a cooperar-. Algo así viene a decir Mel Ainscow, cuando afirma:

Si suponemos que los problemas y su solución son un elemento central del proceso educativo, las escuelas han de ser sin duda lugares en los que los maestros y los alumnos se dediquen a actividades que los ayuden a entender mejor los problemas con los que tropiezan, y a tratar de resolverlos. En este sentido, los problemas que se plantean en las escuelas pueden considerarse oportunidades de aprendizaje. Por consiguiente, para que las escuelas atiendan más a las necesidades de todos los niños es preciso encontrar el modo de orientarlas hacia la solución de los problemas. En otros términos, las escuelas han de ser organizaciones en las cuales todos – tanto alumnos como maestros- participen de la tarea de aprender, en un ambiente de cooperación. (Ainscow, 1995, p. 36).

Este “ambiente de cooperación” es, precisamente, la característica que hace que un grupo de personas que trabajan juntas formen una comunidad, y que un grupo de maestros y estudiantes, y sus padres y familiares, formen una comunidad educativa.

Veámoslo con un ejemplo.

Hay muchas personas que intervienen en la construcción de un edificio, de un bloque de pisos, por ejemplo. Empiezan las excavadoras vaciando el solar buscando espacio para las dos plantas del subterráneo que serán el aparcamiento. Después vienen los encofradores que levantan la estructura del edificio, las columnas y las sucesivas plantas con las rampas en zigzag que serán las escaleras... Los albañiles, acabada la estructura del edificio, colocan las tejas y construyen las paredes exteriores y, más adelante, las interiores: apuntalan los marcos y van llenando los huecos con ladrillos, dejando sólo las aperturas de las ventanas y las puertas... Poco a poco se van incorporando a la obra los demás profesionales: los lampistas empiezan a instalar los tubos del gas, del agua sanitaria y de la calefacción, los electricistas marcan en las paredes el sitio exacto donde los albañiles deberán encostar las cajas para los enchufes y los interruptores y los surcos para colocar los tubos flexibles por donde deberán pasar los cables... Después llegan los yeseros y lo cubren todo dejando las paredes y los techos con una superficie blanca, rasa y pulida, y el suelo lleno de salpicaduras de yeso... Los lampistas, mientras tanto, siguen con la instalación de agua y gas y luego vienen los electricistas y terminan su trabajo. Los carpinteros, por su parte, colocan las puertas y las ventanas, dejando el suelo lleno de virutas y aserrín y el aire perfumado de pino... En una obra así colaboran estrechamente muchos profesionales y tiene que haber una clara coordinación entre todos ellos. Durante un tiempo, todos convergen en un espacio concreto y cada uno contribuye con su trabajo al logro del objetivo que los ha unido temporalmente: la construcción de un bloque de pisos.

Pero seguramente también tienen la oportunidad de compartir muchas otras cosas: la hoguera que encienden los albañiles, en invierno, a la hora del almuerzo, las conversaciones sobre el fútbol de los fines de semana, e incluso algún problema familiar de alguno de ellos (el

hijo mayor que no encuentra trabajo, o la hija pequeña que no quiere estudiar...), las canciones a todo volumen que salen de un radiocasete polvoriento, o los chistes del más gracioso, o las inquietudes políticas y sindicales del más reivindicativo... Seguramente, con el tiempo, habrán podido compartir alegrías y penas, éxitos y fracasos, palabras de ánimo y de consuelo... Es muy posible que, al cabo de los meses, se haya creado entre ellos, o entre algunos de ellos, una especie de comunión, un cierto lazo afectivo lleno de complicidades, que les ha llevado a compartir la vida, más allá de compartir el trabajo. Esta comunicación más profunda, que trasciende la simple colaboración, es lo que convierte un puñado de operarios diferentes en una especie de “comunidad” más humana...

Cooperar no es lo mismo que colaborar. La cooperación añade a la colaboración un plus de solidaridad, de ayuda mutua, de generosidad que hace que los que en un principio simplemente colaboran para ser más eficaces, acaben tejiendo entre ellos lazos afectivos más profundos... Trabajar codo a codo para conseguir un objetivo común, puede contribuir a crear una comunión más intensa...

Incluso etimológicamente se diferencian los verbos colaborar y cooperar. Colaborar proviene del latín “*co-laborare*”, “*laborare cum*”, la raíz del cual es el sustantivo “*labor, -ris*”, que significa trabajo. “Colaborar” es, pues, “trabajar juntamente con”. En cambio, cooperar proviene del latín “*co-operare*”, “*operare cum*”, cuya raíz es el sustantivo “*opera, -ae*”, que significa trabajo, pero que también significa ayuda, interés, apoyo. Cooperar, pues, también significa ayudar juntamente con, ayudarse, apoyarse mutuamente, interesarse uno por otro...

Volviendo a la parábola de los gansos: los gansos colaboran en su vuelo hacia el sur, turnándose en el trabajo más duro de batir sus alas en la punta de la bandada, pero además cooperan entre ellos en la medida que se apoyan animándose unos a otros, y en la medida que se ayudan cuando uno de ellos cae herido... En la escuela, es bueno que los alumnos colaboren a la hora de realizar las tareas, hagan algo entre todo el grupo, o entre varios alumnos, formando equipos más reducidos... Pero además debemos aspirar a que cooperen, dándose ánimos y coraje mutuamente, y ayudándose unos a otros cuando alguien necesita apoyo para conseguir el objetivo común: aprender todos hasta el máximo de sus posibilidades...

Estructurar de forma cooperativa el aprendizaje, dentro del aula, o bien, dicho de otra forma, el *aprendizaje cooperativo*, es utilizar con una finalidad didáctica el trabajo en equipos reducidos de alumnos para aprovechar al máximo la interacción entre ellos con la finalidad de que todos los miembros del equipo aprendan los contenidos escolares, cada uno hasta el máximo de sus posibilidades, y aprendan, además, a trabajar en equipo.

Los miembros de un equipo de aprendizaje cooperativo tienen una doble responsabilidad: aprender lo mejor posible los contenidos escolares y contribuir a que sus compañeros de equipo también los aprendan lo mejor posible. De esta manera, se desarrolla en ellos un valor fundamental y especialmente importante en el mundo actual: el de la solidaridad.

Para terminar

El aprendizaje cooperativo en el aula –cooperar para aprender, y, a su vez, aprender a cooperar- contribuye sin duda a desarrollar en los que aprenden en el aula de esta forma su capacidad para el diálogo, para vivir en comunidad y para comportarse de forma solidaria. Pero, además, aprender a dialogar, a convivir y a ser solidarios son tres finalidades últimas de la educación, tres urgencias educativas, especialmente necesarias en los tiempos presentes. Para ilustrar esta afirmación permitidme que os cuente un hecho real, que podríamos titular así: “El llanto de una maestra novel”

Una maestra, ex alumna de la facultad de educación de la Universidad de Vic, me explicó hace pocos días que ya le habían adjudicado una plaza como maestra, una sustitución de media jornada, hasta final de curso. Estaba muy animada y, a la vez, algo asustada, porque es la tutora de cuarto de primaria de un colegio de una zona marginal de una ciudad media, al cual acuden mayoritariamente alumnos de etnia gitana y algunos marroquíes e hijos de inmigrantes de otros países. “Por ser el primer destino, no está mal...”, afirma con una mezcla de ironía, preocupación y perplejidad. La pasada semana organizaron la “fiesta de la castañada” (una fiesta muy tradicional, que se celebra en prácticamente todos los centros durante el otoño) y presencié una escena que la conmovió profundamente. Un alumno marroquí, que había “osado” tocar el estuche de una de las niñas de la clase, (algo infinitamente menor de lo que él tenía que soportar diariamente) fue brutalmente agredido por uno de sus compañeros: le empujó hasta tumbarlo en el suelo y empezó a darle patadas. Dos o tres alumnos más se sumaron a él. El niño marroquí se protegía como podía de los golpes, se tapaba la cara con sus brazos, lloraba e imploraba ayuda, mientras los demás se ensañaban con él. La maestra frenó la pelea como pudo y cuando iba a recriminarles con firmeza su conducta no pudo soportar la tensión y se puso a llorar delante de todos ellos. Los niños se asombraron, se quedaron estupefactos, sin saber qué decir ni qué hacer, hasta que uno de ellos preguntó: “¿Porqué lloras, maestra?”. “Lloro de pena –dijo ella-, y estoy muy triste al ver que os peleáis de esta manera. Si con nueve o diez años hacéis esto a un compañero por algo sin importancia, ¿qué seréis capaces de hacer cuando seáis más mayores? Siento pena y vergüenza por vosotros”. Una alumna se dirigió entonces al que había iniciado la pelea, diciéndole: “Ves, por tu culpa, la maestra está triste y la has hecho llorar”.

La maestra me dijo entonces: “Estos niños llevan ya seis años o más en el colegio y aún no hemos conseguido hacerles ver que así no se resuelven las cosas; que la violencia no es en ningún caso la forma de superar los problemas; que deben dialogar, aprender a convivir y a ayudarse en vez de pelearse... ¿Cómo podemos conseguirlo? ¿Qué podemos hacer?...”.

Como decía en la introducción, “aprender a conocer” y “aprender a hacer” son, evidentemente, dos pilares fundamentales de la educación; pero quizás los más determinantes, aquellos que deberíamos desarrollar fundamentalmente en la educación de las nuevas

generaciones, son los otros dos: “aprender a ser” y “aprender a convivir”, esto es, aprender a ser personas y a convivir como personas. Estoy seguro de que organizando la clase de forma cooperativa –como podréis ver en las experiencias que se presentan en estas jornadas- podemos contribuir a desarrollar este conocimiento en nuestros alumnos. No es, por supuesto, la única cosa que debemos hacer, pero estoy seguro que es una de las cosas que podemos hacer, que está en nuestras manos hacerla. Los “ejemplos”, en forma de experiencias, que se presentarán en estas jornadas, son una buena, una excelente, prueba de ello.

Referencias bibliográficas

AINSCOW, M. (1995): *Necesidades especiales en el aula*. Madrid: UNESCO-Narcea.

CAMPS, V. (1996): *El malestar de la vida pública*. Barcelona: Grijalbo.

CAPITAN, A. (1986): *Historia del pensamiento pedagógico en Europa*. Volum II. Madrid: Dykinson.

DELORS, J. (1995): *La educación encierra un tesoro*. Madrid: Ed. UNESCO.

FREIRE, P. (1977, 18a. edición): *Pedagogía del oprimido*. Madrid: Siglo XXI.

MOUNIER, E. (1962): *El Personalismo*. Buenos Aires: Eudeba. (Original de 1949).

MOUNIER, E. (1974): *Obras (1931/1939)*. Tomo I. Barcelona: Laia.